

El concepto de isocronía rítmica en inglés. Algunas consideraciones sociolingüísticas

Rafael Monroy casas

(Publicado en *Homenaje a Francisco Gutiérrez Díez*. Universidad de Murcia (Editum). ISBN: 978-3-0343-0010-0).

I. Introducción

El ritmo inglés ha sido objeto de estudio constante durante siglos, tanto a nivel teórico como a nivel aplicado (Adams, 1979; Faber, 1986; Knowles, 1987). En el pasado ha estado vinculado mayormente a la poesía, sirviendo de base en no poca medida a la fonología suprasegmental, de tal modo que ritmo y métrica se entreveran en no pocos trabajos hasta bien entrado el siglo XX. Aquí retomamos este tema por un doble motivo: por ser un ámbito de indagación lingüística constante que presenta muchos frentes todavía poco explorados y, sobre todo, por tratarse de una temática que fue objeto de estudio preferente por parte del profesor Francisco Gutiérrez a quien va dirigido este volumen conmemorativo.

Para mejor comprender las peculiaridades del ritmo en inglés, debemos partir del supuesto de que la lengua está estructurada de modo jerárquico, de tal modo que los fonemas –unidades mínimas de significado– se agrupan en sílabas, éstas en palabras, éstas a su vez en unidades jerárquicas superiores que denominamos pies, estas en otras mayores, denominadas unidades tonales y, finalmente, a un nivel todavía superior, lo que Fox (1973, 1984) denominara grupo paratónico. Diversos autores han estudiado el ritmo inglés abordándolo básicamente desde una perspectiva ya sea temporal o no temporal. (Baste citar a Arnold, 1957; Adams, 1979; Crystal, 1969; Roach, 1982 y 2002; Dauer, 1983; Faber, 1986; Couper-Kuhlen, 1986; Gutiérrez, 1998-99, 2001 o Russo, 2010, –para una lista bastante exhaustiva, véase *A bibliography of timing and rhythm in speech* de Roach, 2003).

Siguiendo patrones clásicos, hasta bien entrado el s. XVIII prevaleció una visión cuantitativa en la que la cantidad sería el elemento constitutivo de los pies métricos, diferenciándose estos entre sí en la combinación de sílabas largas y breves. Será a partir

del s. XX cuando se abren paso tanto la visión no temporal como la temporal del ritmo. La primera considera que los pies métricos están estructurados en torno al acento, el cual propiciaría golpes rítmicos con una ocurrencia regular en el número de sílabas. Frente a esta visión isosilábica, encontramos una perspectiva temporal según la cual el ritmo estaría basado en el tiempo, en el sentido de que los intervalos interacentuales presentarían igual duración; es decir, serían isócronos por caer las sílabas tónicas a intervalos regulares. Este sería el tipo de ritmo que caracterizaría al inglés y por el que se le adscribe al grupo de lenguas acentualmente acompasadas (stress-timed languages) frente al español, por ejemplo, que se definiría como una lengua silábica (syllable-timed language). En la actualidad, aunque desde posiciones más escépticas, sigue abierto el debate sobre esta tipología rítmica así como sobre el grado de adhesión del inglés (y de otras lenguas) a un patrón prioritariamente acentual o silábico. En este trabajo vamos a abordar el tema tratando de dar respuesta a dos cuestiones fundamentales: ¿es la dicotomía entre ritmo acentual y ritmo silábico una distinción válida? Y vinculada a esta pregunta, una segunda: ¿es una distinción necesaria en el contexto actual de aprendizaje del inglés como lengua internacional?

1.1 La dicotomía ‘lengua de ritmo acentual’ vs. ‘lengua de ritmo silábico’

Esta distinción que estableciera para todas las lenguas Pike en 1945 y que ratificara Abercrombie al afirmar taxativamente que “cada lengua en el mundo se habla con un tipo de ritmo o con el otro [silábico o acentual]” (1967: 97) ha sido aceptada como válida de modo poco crítico por muchos, sobre todo por quienes abordan el ritmo desde una perspectiva pedagógica pese a que intuitivamente sea difícil imaginar que todas las lenguas se agrupen de una manera nítida en dos categorías a efectos rítmicos. Sin embargo, las investigaciones sobre el tema arrojan resultados que en modo alguno corroboran una clara dicotomía entre lenguas acentuales y lenguas silábicas. No es de extrañar, pues, que un aspecto fundamental de los estudios rítmicos haya sido tratar de dilucidar qué patrón rítmico subyace a los distintos sistemas lingüísticos, algo no fácil de resolver habida cuenta del carácter subjetivo de un tema que obedece a razones de índole más perceptual que experimental. Dicha subjetividad radica en el hecho mismo de no poder definir con claridad constructos tales como ‘acento’, ‘pie rítmico’ o ‘golpe rítmico’. De hecho hablamos de golpes rítmicos aun a sabiendas de que el hablante no

produce en una conversación ordinaria tales golpes rítmicos: es el oyente quien los impone sobre la base del conocimiento que tiene del sistema.

En lo que respecta al acento, resulta problemático establecer su naturaleza. Suele vincularse este a factores tales como la duración, la intensidad y el rango tonal (pitch). Investigaciones acústicas llevadas a cabo por Fry ya en 1958, dan prioridad a este último como el mayor indicador acentual. En la misma línea se han pronunciado Bolinger (1958), Lehiste (1970), Adams (1979), o Couper-Khulen (1986) en el caso del inglés, si bien Lehiste reconoce que en no pocos casos la duración sería la pista más decisiva. También en español autores como Monroy (1980) o Solé (1985) consideran que el rango tonal es el principal correlato del acento, aunque hay expertos que discrepan, dándole mayor importancia a la duración (Bolinger & Hodapp (1961) o Contreras (1963). Ocurre en la práctica que muchas sílabas que percibimos como acentuadas no se caracterizan por una mayor prominencia tonal. Por ejemplo, en la expresión *Se noTAbA que estaba **hecho polvo***, las sílabas en negrita llevan acento, pero no así prominencia tonal, que aquí solo ocurre en TA (basta con darles prominencia para darnos cuenta de ello). Como señala Di Cristo (1998), el reconocimiento del patrón acentual, sobre el que existe una extensa literatura, es premisa fundamental para el reconocimiento tanto de la palabra como del ritmo. Lo que parece evidente, es que esos tres factores, frecuencia fundamental o pitch, intensidad, y duración serían responsables del acento léxico y, por consiguiente, de la ritmicidad en un determinado sistema.

En las lenguas acentualmente acompasadas (stress-timed languages) , como es el caso del inglés, la idea de una supuesta igualdad entre los intervalos de las sílabas tónicas o isocronía (otro aspecto que ha acaparado la atención de los estudiosos) descansa en el concepto de ‘pie rítmico’. Fue Abercrombie quien en 1964 definiera el pie rítmico como una secuencia de sílabas en la que una de ellas va acentuada y el resto no, independientemente de los límites de la palabra. Así, por ejemplo, en *the VAgaries of the conSERvatives...* tendríamos un primer pie que comenzaría en **va-** (primera sílaba tónica) y se extendería hasta la siguiente sílaba tónica sin incluirla (**-ser-**) . Alguno como Jassen (1952) ha sugerido que el habla inglesa se organiza en dos tipos de unidades: unidad rítmica estrecha que vendría a coincidir con el pie de Abercrombie, y anacrusis denominación que aplica a la sílabas átonas proclíticas. Por ejemplo en *He was **accused** of **throwing stones***, los elementos que preceden a **...ccused** constituyen la

anacrusis, al igual que el **of** que antecede a **throw**... Diversos estudios sobre el ritmo inglés han tratado de corroborar empíricamente dicha hipótesis sin que en ninguno de ellos se haya podido encontrar una supuesta identidad duracional entre acentos sucesivos. Las investigaciones llevadas a cabo por Classe (1939), Uldall (1971) o Thompson (1980) han puesto de manifiesto que los porcentajes de los intervalos analizados distaban bastante de una igualdad capaz de suscribir la idea de isocronía. Lehiste había apuntado en 1977 que dicha isocronía es una "ilusión perceptual" siendo la regularidad rítmica más aparente que real; autores como O'Connor (1968) o Bolinger (1985) corroboraron esto posteriormente, indicando que existe una gran variabilidad duracional entre pies rítmicos. Gutiérrez (2003), utilizando siete hispano-hablantes universitarios y siete estudiantes británicos, halló que la diferencia en términos duraciones entre sílabas tónicas y átonas era mayor en inglés que en español; en cambio observó igual duración en las sílabas átonas del inglés y del español. Faure y otros (1980) han llegado a cuestionar incluso que el ritmo del inglés pueda calificarse de acentuadamente acompasado. La dificultad que a nivel teórico plantea la dicotomía de Pike ha llevado a la formulación de nuevas propuestas, como la de Laver (1994), quien sugiere sustituir el término 'ritmo silábico' (syllable-timed rhythm) por *ritmo con base silábica* (syllable-based rhythm) y 'ritmo acentual' (stress-timed rhythm) por *ritmo con base acentual*, sugerencia que algunos lingüistas como D. Crystal aceptan (1996).

La contrapartida –la teoría del ritmo con base silábica o isosilabismo- a la que se ajustarían otras lenguas, tampoco se ha visto plenamente corroborada. En el caso del español, el concepto de isosilabismo se basó inicialmente en el análisis de prosa (Gili Gaya, 1940); previamente (1922), Navarro Tomás había estudiado la ritmicidad de nuestra lengua analizando poemas de Rubén Darío, concluyendo que nuestro ritmo era isosilábico (de hecho, desde una perspectiva métrica, cuenta cada sílaba en nuestra lengua). El mismo Pike establecería la dicotomía que comentamos (ritmo acentual vs. silábicamente acompasado) basándose en su larga experiencia de enseñar inglés a hispano-hablantes (Adams, 1979: 49). Y si bien no todos han aceptado esta visión (Pointon, 1980, niega que el ritmo español sea silábicamente acompasado), en general los autores de origen anglosajón han dado por válida la premisa del isosilabismo para nuestra lengua (Pike, 1945; Hockett, 1955, etc.) . No solo ellos, los mismo hispanistas (e.g. Hualde, 2005) aceptan esta supuesta categorización del español como lengua silábicamente acompasada.

La impresión hoy día es que los sistemas lingüísticos no se agrupan nítidamente en lenguas con ritmo silábicamente acentuado por una parte y lenguas con ritmo acentuadamente acentuado por otra, sino que, como señalan Michelle (1969) o Dauer (1983, 1987), todas las lenguas reflejan de alguna manera ambos tipos. El español estaría a mitad de camino entre ambas tendencias. Esta postura de compromiso, la encontramos por ejemplo en Roach (1986). Este fonetista analizó instrumentalmente muestras de las seis lenguas en las que se basó Abercrombie para hacer su propuesta. Los resultados no confirmaron las dos afirmaciones de Abercrombie: a) ninguna lengua es plenamente silábica o totalmente acentual, y b) los patrones rítmicos incluso en un mismo hablante según el contexto, pero aun cuando no es sostenible una división dicotómica de todas las lenguas a nivel rítmico, entiende que el concepto en sí es válido, puesto que a diferencia de lo que encontramos en una lengua isosilábica como es el español, en inglés se produce un efecto de compresión de los elementos átonos que ocurren en los pies rítmicos; este es un fenómeno que es ajeno a una lengua silábicamente acentuada. Efectivamente, tal como hallaron Williams y Hiller (1994) en un concienzudo estudio sobre inglés hablado, existen indicios estadísticamente significativos de que el inglés favorece una isocronía con base acentual. Cabría así hablar de una ‘tendencia dominante’ (Faber, 1986) en las lenguas, o como precisara nuestro querido compañero Gutiérrez (1998-99) hablando del inglés y del español "los únicos datos fehacientes son que si utilizamos una escala para comparar el timing del pie rítmico en ambas lenguas (inglés /español), el del inglés es más isócrono que el del español; y en una escala para el timing silábico, el español es más isosilábico que el inglés". La observación es más generalizable si cabe, puesto que en una misma lengua puede darse uno u otro patrón en función del tipo de estilo empleado (más silábico si más formal, menos si se trata de un discurso menos formal), llegando a caracterizar y deslindar incluso a acentos dentro de un propio sistema (el habla andaluza podría ser acentualmente más acentuada –más stress-timed– que el habla de Castilla por ejemplo).

II. Evidencia empírica

Como hemos apuntado anteriormente, la teoría que esbozaran Pike y Abercrombie a mediados del siglo XX, ha sido ampliamente aceptada sin excesivas críticas. En parte por su simplicidad a la hora de abordar un fenómeno tan complejo como el ritmo; y en

parte también porque hasta la fecha es la única clasificación de los diversos fenómenos rítmicos. Si bien la investigación experimental sobre el ritmo no ha faltado (Buxton, 1983), uno de los problemas más serios con que se enfrentan los estudiosos del ritmo inglés es precisamente cómo abordar su estudio desde un punto de vista científico. Roach señalaba en 1982 varios problemas que de un modo u otro inciden en el estudio del ritmo; por ejemplo, la inexistencia de una técnica instrumental fiable que permita identificar de modo automático la sílabas acentuadas hace que la mayoría de los experimentos llevados a cabo sobre la acento rítmico sean de índole perceptual. Esto comporta dudas frecuentes y desacuerdos incluso entre fonetistas, y más aún en los no entrenados fonéticamente. El mismo Roach reconoce este hecho al afirmar que hablantes nativos de varias lenguas encontraron que era una tarea “enormemente difícil” señalar qué sílabas iban acentuadas y cuáles no (1982: 75).

Aparte de la dificultad que entraña el análisis del lenguaje hablado, el analista se ve preso de sus propias intuiciones que no pocas veces empañan una visión objetiva del comportamiento de fenómenos prosódicos o segmentales (duración vocálica, extensión de la unidad tonal, el efecto que el tempo y velocidad de emisión pueden tener en el ritmo, etc.). Si añadimos a esto que la medición de los pies rítmicos puede resultar problemática como antes señalábamos, que el deslinde de la unidad tonal es en sí otro problema, agravado por la dificultad de medición que entraña al estar a merced de los vaivenes del tempo y de la velocidad de emisión, no es de extrañar que los análisis efectuados hasta la fecha sobre el ritmo no hayan sido, en general, todo lo exitosos que fuera de desear. Por otra parte, la división en unidades tonales del habla espontánea puede resultar enormemente laboriosa, debiendo realizarse bien basándose en posibles pausas o, lo más corriente, basándonos en razones de índole semántica. Todo esto incide y condiciona la metodología empleada, puesto que se ve constreñida al criterio subjetivo del analista.

Roach (1982) por ejemplo, cuyos datos contradicen la hipótesis de la isocronía rítmica para el inglés como antes hemos señalado, se centró en los intervalos inter-acentuales que ocurren dentro de una unidad tonal (es decir, los espacios comprendidos entre cabezas y núcleos), dejando fuera la pre-cabeza (parte átona inicial de la unidad tonal), así como la cola al considerar que esta última experimenta normalmente un alargamiento excesivo. Bolinger (1965, 1981), citado a menudo por postular que la duración silábica de un pie rítmico varía en función del contexto, de tal modo que cuantas más sílabas haya entre acentos estas más se contraerán, y cuantas menos más

alargarían, aporta escasa evidencia instrumental en apoyo de su planteamiento. Su afirmación de que existe una tendencia muy marcada en inglés hacia la alternancia de sílabas acentuadas y no acentuadas –que es lo que produciría la impresión (algo subjetivo por tanto) de un golpe rítmico regular–, es muy comentada sin que, como decimos, se aporten datos objetivos de tal comportamiento.

Quien sí estudió experimentalmente una posible correlación entre longitud silábica y acento en inglés fue Klatt (1975), el cual halló que las vocales tónicas inglesas presentaban una duración bastante más larga que las breves (132 msc las primeras frente a 70 mscs las segundas de promedio) (1975: 133), algo que años más tarde confirmaría Gutiérrez ((2003). La medición la efectuó Klatt, sin embargo, sobre los núcleos silábicos, no computando la duración que presentaba la sílaba como tal, lo cual hubiera sido muy revelador puesto que la sílaba inglesa se caracteriza por cabezas y codas a menudo complejas.

De lo visto, cabe concluir que la tipología rítmica que estableciera Pike no cuenta con la aquiescencia de los expertos, pero estos, en general, tampoco la desechan. Diríamos que su validez estriba mayormente en ser referente para ver el grado de acercamiento que los distintos sistemas lingüísticos tienen hacia una u otra polaridad, puesto que hay lenguas que parecen ser más silábicas que otras; lenguas que, a diferencia de otras, favorecen un ritmo más acentual; lenguas que pueden tener un ritmo tanto silábico como acentual según contextos; lenguas que se caracterizarían por ambos ritmos siendo uno u otro más usual según de qué variedad acentual se trate, etc. Lo que sí está claro es que se trata de una tipología que como otros constructos (e.g. la denominación RP) es criticada, pero en modo alguno abandonada. La pregunta que nos hacemos, que abordaremos a continuación, es si dicha distinción, es, en el caso del inglés, hoy día necesaria.

III. Alteración rítmica: la irrupción de los nuevos ingleses

Muchos aceptarían sin mayor dificultad la opinión de Pike de que el inglés es una lengua con un ritmo de base acentual. Sin embargo, las perspectivas actuales dan pie para pensar que quizá en un futuro no muy lejano este ritmo dé paso a un ritmo de base silábica, o que al menos coexistan ambos. La razón de este cambio estibaría en las nuevas variedades de inglés que están emergiendo en diversas partes del planeta. Dichas variedades, lejos de tener un ritmo acentual, favorecen uno con base silábica. Crystal

(1996) cita a Wells, que ya en 1982 escribía que " la mayoría de las lenguas africanas muestran una fuerte tendencia por una estructura /CoV/... en aquellas lenguas africanas cuya primera lengua es de base silábica (muchas de ellas), la pronunciación de una palabra como *society* dista mucho de la que se puede oír en Inglaterra o en América" (1982: 643-4). Lanham (1990) comenta que el SABLE (South African Black English) muestra características de ritmo silábico. No solo en África, según Wells (*ibid*: 646) uno de los rasgos más prominentes del inglés de Singapur es precisamente el uso del ritmo con base silábica, al igual que el inglés filipino estándar. Es significativo que en términos de inteligibilidad internacional, según Kirkpatrick, el inglés de Singapur "ha resultado ser extremadamente inteligible para hablantes de otras variedades del inglés y para quienes el inglés no es primera lengua" (2007: 123). En cuanto al inglés de la India, según Trudgill & Hannah (1982) presenta un ritmo silábico en el que no existen vocales débiles; o como matiza Bansal (1990), se caracteriza por un ritmo de base silábica cuando no por uno que no es exactamente ni silábico ni acentual, sino que es más bien un ritmo brusco (*jerky*).

Naturalmente, lo apuntado no dejan de ser mas que impresiones basadas en la percepción del habla propia de estos acentos. Las razones por las cuales consideramos un tipo de habla como ejemplo de un determinado ritmo pueden variar bastante. En unos extractos que presenta Crystal (1996) de hablantes de la India, Ghana, Guayana, África Occidental, y un texto del rapero Benjamin Zhephaniah, comenta que mientras el extracto del sujeto de la India produce una impresión de ritmo acentual por el empleo de cierta tensión articulatoria, el de Ghana lo califica de estilo de habla 'errático' (1996: 11) por la fuerte articulación de ciertas palabras y, dentro de ellas, de algunas de sus sílabas; por el contrario, el de África Occidental acumula acentos en una misma palabra, algo que también hace el rapero pero con mayor presión silábica. En algunos casos, la impresión puede corroborarse con facilidad como ocurre con la acentuación de demostrativos y verbos modales, rasgo típico del inglés de Singapur. Es un hecho bastante objetivo que el ritmo que se observa en los hablantes de inglés hawaiano se caracteriza por ser *staccato*, con acento en prácticamente todas las palabras. Pero como apuntáramos más arriba, falta una corroboración experimental que ponga de manifiesto lo que de verdad subyace rítmicamente hablando a cada una de estas variedades. No hay que perder de vista que el ritmo depende en gran medida del tipo de discurso, de la carga afectiva que puede el hablante poner en un momento dado y, por supuesto, de la velocidad de emisión de una determinada secuencia.

IV. Papel del ritmo en el nuevo inglés como lengua internacional

Desde una perspectiva pedagógica, y de cara a la enseñanza de un inglés como primera lengua franca, la dicotomía tan en boga en los manuales clásicos de pronunciación ha perdido gran parte de su validez. Así lo ponen de relieve los distintos pronunciamientos sobre qué enseñar en dicho contexto. Brazil, por ejemplo, considera que la referencia a ‘ritmo acentual’ es poco operativa desde una perspectiva discursiva:

...si significa que todas las sílabas que llevan acento en su forma de citación están isocrónicamente relacionadas, esto entra en conflicto con mi [de Brazil] observación de que solamente las sílabas que son prominentes por su significado selectivo son el foco de especial atención del hablante y del oyente....Si, como creo ocurre, la unidad tonal es la unidad mínima de habla ...esto asigna un papel importante al intervalo entre cada una de ellas, ya que es el tiempo que el hablante tiene para planificar... Si bien puede ser útil hablar de restricciones a nivel rítmico con respecto a lo que sucede entre las prominencias de dos unidades tonales, esperar que esto se manifieste de modo consistente en tramos más largos del discurso puede ser algo que ni aprendices ni nativos son capaces de hacer (1996: 9)

Para Brazil, pues, sería la unidad tonal la unidad básica de análisis; el ritmo se establecería entre las prominencias nucleares de dichas unidades y no entre acentos (sean o no prominentes) como asume la teoría del ritmo acentual. A nivel de enseñanza de la pronunciación, llama la atención que por una parte se amplíe el concepto de lo que constituye la enseñanza de la pronunciación, dando más cabida a lo prosódico (Pennington & Richards, 1986; Pennington, 1989) y que por otra parte ocupe un lugar tan modesto en el ranking de prioridades. Wrembel (2005) realizó un análisis de diverso material docente recientemente utilizado para la enseñanza de la pronunciación del inglés encontrando que la práctica de schwa ocupaba el porcentaje más alto (83%) . Esto contradice a Jenkins (2000), cuya propuesta de un núcleo fonológico, válido para un inglés internacional, prescinde por completo de las schwas por entender que es una rémora para la inteligibilidad, siendo así que schwa es una componente clave en el contexto rítmico inglés. La propuesta de Jenkins va más allá (“ es casi lo contrario de la ortodoxia actual a nivel fonológico”, afirma (2000: 135), en el sentido de restar importancia a los fenómenos suprasegmentales por considerar su instrucción poco realista. Basándose en Ladefoged (1982), Roach (1982, 1991), Brazil (1994) y

Cauldwell (1996) considera que “ las lenguas con ritmo acentual tienen más en común con las de ritmo silábico de lo que en general se ha apreciado” (2000: 149); por consiguiente –señala– “ el ritmo acentual no es un rasgo del núcleo de la Lengua Franca” (LFC).

A la vista de estas tendencias no es desatinado pensar que en un futuro no muy lejano, y como resultado de la globalización, el inglés tome unos derroteros que a nivel de ritmo pudieran cambiar la tendencia de base rítmica por una realización con base silábica. Baste pensar en el efecto de la población hispanohablante está teniendo en el inglés hablado de los Estados Unidos. No sólo en Estados Unidos, también en nuestro entorno se está dejando sentir el impacto de las telenovelas de origen sudamericano en ciertos tipos de habla. Según Crystal (1996), quizá no llegue a darse una subversión de patrones rítmicos hasta el punto de que el inglés llegue a convertirse en una lengua con base silábica debido a razones sociales en las que primarían la idea de prestigio (la clase más culta y con más poder social no renunciaría fácilmente a un ritmo con base acentual para adoptar los patrones de una sociedad socialmente inferior). Una tercera posibilidad que apunta, es que los hablantes de inglés como segunda lengua, cada vez más numerosos, podrían muy bien utilizar dos patrones rítmicos diferentes: uno de base silábica para una comunicación local o como signo de identidad nacional, y uno con base acentual que utilizarían para hablar en un contexto internacional o como medio de garantizar la inteligibilidad.

Esto nos lleva a hacer una consideración final respecto al alcance de la dicotomía de Pike. En un contexto internacional, en el que inglés se postula como lengua primera de comunicación social, cabría plantearse cuál de estas dos opciones propicia una mayor inteligibilidad . Sabemos que los hablantes nativos ingleses tienen dificultad a la hora de entender el discurso de los no nativos debido en gran medida al ritmo ajeno (con base silábica) que la mayoría de ellos utilizan. Sabemos, igualmente, que los hablantes no nativos de inglés cuyas lenguas nativas se caracterizan por una base silábica encuentran serias dificultades a la hora de entender a quienes hablan inglés como primera lengua, precisamente por causa de un distinto patrón rítmico. David Rosewarne (1996), en un artículo titulado *English 2100: The Gloviversal Language* trataba de adelantar una respuesta a lo que sería el inglés de 2100 a nivel tanto segmental como suprasegmental. Concluía, en lo que a ritmo se refiere, que “el inglés sonaría más silábico que acentual” (1996: 64). Falta por ver en realidad qué base rítmica prevalecerá en ese World Standard Spoken English (WSSE) que Crystal pronosticara (1997: 139).

Bibliografía consultada

- Adams, C. (1979). *English Speech Rhythm and the Foreign Learner*. La Haya: Mouton.
- Arnold, G.F. (1957). *Stress in English Words*. Amsterdam: North-Holland Publishing Company.
- Baldwin, J. R. (1990). Some notes on rhythm in English. En S. Ramsaran (ed.) *Studies in the Pronunciation of English*. London: Routledge, 219-230.
- Bansal, R. R. (1990). The Pronunciation of English in India. En S. Ramsaran (ed.) *Studies in the Pronunciation of English*. London: Routledge, 219-230.
- Bolinger, D. (1985). *Intonation and Its Parts*. London: Edward Arnold.
- Classe, A. (1939). *The Rhythm of English Prose*. Oxford: Blackwell & Mott.
- Crystal, D. (1969). *Prosodic Systems and Intonation in English*. Cambridge: C.U.P.
- Crystal, D. (1996). The past, present and future of English rhythm. En M. Vaugahn-Rees (Ed.) *Changes in Pronunciation. A special issue of Speak Out! To celebrate 10 years of the IATEFL Pronunciation Special Interest Group*.
- Crystal, D. (1997). *English as a Global Language*. Cambridge: C.U.P.
- Delattre, P. (1966). A Comparison of syllable length conditioning among languages. *International Review of Applied Linguistics*, IV, 3, 183-188.
- Faber, D. (1986). Teaching the rhythms of English. *IRAL*, XXIV/3, 205-216.
- Faure, G., Hirst, D. y Chafcouloff, M. (1980). Rhythm in English: isochronism, pitch, and perceived stress. En Waugh, L.R. & Schooneveld, C.H. van (eds) *The Melody of Language: Intonation and Prosody*. Baltimore: University Park Press.
- Gili Gaya, S. (1940). La cantidad silábica en la frase. *Castilla* (Valladolid), I, 287-298.
- Gutiérrez, F. (1998-99). Aprendizaje de la pronunciación del español por anglohablantes. Distorsión rítmica y timing. *Revista Española de Lingüística Aplicada*. 13, 7-26.
- Gutiérrez, F. (2002). Timing in English and Spanish. An empirical study of the learning of Spanish timing by Anglophone learners. En C. S. Butler *et al.* *The Dynamics of Language Use. Functional and Contrastive Perspectives*. Amsterdam: John Benjamins. 287-306.
- Hualde, J.I. (2005). *The Sounds of Spanish*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kirkpatrick, A. (2007). *World Englishes. Implications for international communication and English language teaching*. Cambridge: C.U.P.

- Klatt, D.H. (1975). Vowel lengthening is Syntactically Determined in a Connected Discourse. *Journal of Phonetics*, 3, 129-140.
- Lanham, L.W. (1990). Stress and intonation and the intelligibility of South African black English. En S. Ramsaran (ed.) *Studies in the Pronunciation of English*. London: Routledge, 243-260.
- Laver, R. (1992). *Principles of Phonetics*. Cambridge: C.U.P.
- Lehiste, I. (1970). *Suprasegmentals*. Cambridge (Mass.): The M.I.T. Press.
226.
- Roach, P. (1982). ON the distinction between 'stress-timed' and 'syllable-timed' languages. En D. Crystal (ed) *Linguistic Controversies*. London: Arnold.
- Trudgill, P. & Hannah, J. (1982). *International English. A Guide to Varieties of Standard English*. London: Ed. Arnold.